



Meditación N° 4 Conversación de camino a Emaús 2 de octubre^{de} 2023

Estamos llamados a caminar en el camino sinodal en amistad. De lo contrario, no llegaremos a ninguna parte. La amistad, con Dios y con los demás, está enraizada en la alegría de estar juntos, pero necesitamos palabras. En Cesarea de Filipo se interrumpió la conversación. Jesús había llamado a Pedro 'Satanás', enemigo. En la montaña todavía no sabe qué decir, pero comienzan a escucharlo y así la conversación puede comenzar de nuevo mientras viajan a Jerusalén.

En el camino, los discípulos se pelean, malinterpretan a Jesús y, finalmente, lo abandonan. Vuelve el silencio. Pero el Señor Resucitado aparece y les da palabras de sanación para que se las hablen unos a otros. Nosotros también necesitamos palabras sanadoras que salten más allá de las fronteras que nos dividen: las fronteras ideológicas de izquierda y derecha; las fronteras culturales que dividen un continente de otro, las tensiones que a veces dividen a hombres y mujeres. Las palabras compartidas son el alma de nuestra Iglesia. Necesitamos encontrarlos por el bien de nuestro mundo en el que la violencia se alimenta de la incapacidad de la humanidad para escuchar. La conversación conduce a la conversión.

¿Cómo deben comenzar las conversaciones? En el Génesis después de la Caída, hay un silencio terrible. La comunión silenciosa del Edén se ha convertido en el silencio de la vergüenza. Adán y Eva se esconden. ¿Cómo puede Dios llegar a través de ese abismo? Dios espera pacientemente hasta que se hayan vestido para ocultar su vergüenza. Ahora están listos para la primera conversación de la Biblia. El silencio se rompe con una simple pregunta: '¿Dónde estás?' ¿No es una solicitud de información? Es una invitación a salir a la luz y estar visiblemente ante el rostro de Dios.

Quizás esta sea la primera pregunta con la que deberíamos romper los silencios que nos separan. No: '¿Por qué tienes estos puntos de vista ridículos sobre la liturgia?' O '¿Por qué eres un hereje o un dinosaurio patriarcal?' o '¿Por qué eres sordo a mí?' Pero, ¿dónde estás? – ¿Qué te preocupa? Esto es lo que soy. Dios invita a Adán y Eva a salir de su escondite y ser vistos. Si nosotros también salimos a la luz y nos dejamos ver tal como somos, encontraremos palabras los unos para los otros. En la preparación de este Sínodo, a menudo ha sido el clero el que se ha mostrado más reacio a salir a la luz y compartir sus preocupaciones y dudas. Tal vez tenemos miedo de que nos vean desnudos. ¿Cómo podemos animarnos unos a otros a no temer la desnudez?

Después de la Resurrección, el silencio del sepulcro vuelve a romperse con preguntas. En el evangelio de Juan, '¿Por qué lloras?' En Lucas: '¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?' Cuando los discípulos huyen a Emaús, se llenan de ira y decepción. Las mujeres afirman haber visto al Señor, pero solo eran mujeres. Como hoy a veces, ¡las mujeres parecían no contar! Los discípulos huyen de la comunidad de la Iglesia, como tantas personas hoy en día. Jesús no les cierra el camino ni los condena. Me pregunta: '¿De qué estás hablando?' ¿Cuáles son las esperanzas y las decepciones que se agitan en sus corazones? Los discípulos están hablando enojados. El griego significa literalmente: '¿Cuáles son estas

palabras que se lanzan unos a otros?' Así que Jesús los invita a compartir su ira. Tenían la esperanza de que Jesús sería quien redimiera a Israel, pero estaban equivocados. Fracaso. Por lo tanto, Él camina con ellos y se abre a su ira y miedo.

Nuestro mundo está lleno de ira. Hablamos de la política de la ira. Un libro reciente se llama *American Rage*. Esta ira también infecta a nuestra Iglesia. Un enojo justificado por el abuso sexual de niños. Enojo por la posición de la mujer en la Iglesia. Enojo con esos horribles conservadores o horribles liberales. ¿Nos atrevemos, como Jesús, a preguntarnos unos a otros: '¿De qué estás hablando? ¿Por qué estás enojado?'. ¿Nos atrevemos a escuchar la respuesta? A veces me canso de escuchar toda esta rabia. No soporto oír más. Pero escuchen, debo, como lo hace Jesús, caminando hacia Emaús.

Muchas personas esperan que en este Sínodo su voz sea escuchada. Se sienten ignorados y sin voz. Tienen razón. Pero solo tendremos voz si primero escuchamos. Dios llama a las personas por su nombre. Abraham, Abraham; Moisés, Samuel. Ellos responden con la hermosa palabra hebrea *Hinenni*, 'Aquí estoy'. El fundamento de nuestra existencia es que Dios se dirige a cada uno de nosotros por nuestro nombre, y nosotros escuchamos. No el cartesiano "pienso, luego existo", sino que *oigo*, luego existo. Estamos aquí para escuchar al Señor y los unos a los otros. Como dicen, ¡tenemos dos oídos pero una sola boca! Sólo después de escuchar viene el habla.

Escuchamos no solo lo que la gente está diciendo, sino lo que están *tratando de* decir. Escuchamos las palabras no dichas, las palabras que buscan. Hay un dicho siciliano que dice: "La mejor palabra es la que no se dice".¹ Escuchamos por cómo tienen razón, por su grano de verdad, incluso si lo que dicen está mal. Escuchamos con esperanza y no con desprecio. Teníamos una regla sobre el Consejo General de la Orden de los Dominicos. Lo que decían los hermanos nunca era una tontería. Puede estar mal informado, ser ilógico, incluso estar equivocado. Pero en algún lugar de sus palabras equivocadas hay una verdad que necesito escuchar. Somos mendicantes de la verdad. Los primeros hermanos decían de Santo Domingo que "todo lo entendía con la humildad de su inteligencia".²

Tal vez las órdenes religiosas tengan algo que enseñar a la Iglesia sobre el arte de la conversación. San Benito nos enseña a buscar el consenso; Santo Domingo para amar el debate, Santa Catalina de Siena para deleitarse en la conversación, y San Ignacio de Loyola, el arte del discernimiento. San Felipe Neri, el papel de la risa.

Si *realmente* escuchamos, nuestras respuestas preparadas se evaporarán. Seremos silenciados y nos quedaremos sin palabras, como lo fue Zacarías antes de estallar en cánticos. Si no sé cómo responder al dolor o a la perplejidad de mi hermana o hermano, debo dirigirme al Señor y pedirle palabras. Entonces puede comenzar la conversación.

La conversación necesita un salto imaginativo a la experiencia de la otra persona. Ver con los ojos y oír con los oídos. Tenemos que meternos en su piel. ¿De qué experiencias brotan sus palabras? ¿Qué dolor o esperanza llevan? ¿En qué viaje se encuentran?

Hubo un acalorado debate sobre la predicación en un Capítulo General Dominicano sobre la naturaleza de la predicación, ¡siempre un tema candente para los dominicos! El documento propuesto al Capítulo entendía la predicación como dialógica: proclamamos nuestra fe

¹ El Megliu La palabra es Chiddra Quién monja tú dices".

² 'Humili Cordis intelligentia',

entrando en conversación. Pero algunos capitulares no estaban de acuerdo, argumentando que esto rayaba en el relativismo. Dijeron: 'Debemos atrevernos a predicar la verdad con valentía'. Poco a poco se hizo evidente que los hermanos en disputa hablaban de experiencias muy diferentes.

El documento había sido escrito por un hermano radicado en Pakistán, donde el cristianismo se encuentra necesariamente en constante diálogo con el islam. En Asia no hay predicación sin diálogo. Los hermanos que reaccionaron fuertemente contra el documento eran principalmente de la antigua Unión Soviética. Para ellos, la idea de dialogar con quienes los habían encarcelado no tenía sentido. Para superar el desacuerdo, el argumento racional era necesario, pero no suficiente. Tenías que *imaginar* por qué la otra persona sostenía su punto de vista. ¿Qué experiencia los llevó a este punto de vista? ¿Qué heridas llevan? ¿Cuál es su alegría?

Esto exigía escuchar con toda la imaginación. El amor es siempre el triunfo de la imaginación, como el odio es un fracaso de la imaginación. El odio es abstracto. El amor es particular. En la novela de Graham Greene *El poder y la gloria*, el héroe, un pobre sacerdote débil, dice: "Cuando veías las líneas en las comisuras de los ojos, la forma de la boca, cómo crecía el cabello, era imposible odiarlo. El odio no fue más que un fracaso de la imaginación".

Necesitamos saltar las fronteras no solo de la izquierda y la derecha, o las fronteras culturales, sino también las fronteras generacionales. Tengo el privilegio de convivir con jóvenes dominicos cuyo camino de fe es diferente al mío. Muchos religiosos y sacerdotes de mi generación crecieron en familias fuertemente católicas. La fe penetró profundamente en nuestra vida cotidiana. La aventura del Concilio Vaticano II fue llegar al mundo secular. Los sacerdotes franceses iban a trabajar a las fábricas. Nos quitamos el hábito y nos sumergimos en el mundo. Una hermana enojada, al verme con mi hábito, explotó: '¿Por qué sigues usando esa cosa vieja?'

Hoy en día, muchos jóvenes -sobre todo en Occidente, pero cada vez más en todas partes- crecen en un mundo secular, agnóstico o incluso ateo. Su aventura es el descubrimiento del Evangelio, de la Iglesia y de la tradición. Con alegría se ponen el hábito. Nuestros viajes son contrarios, pero no contradictorios. Al igual que Jesús, debo caminar con ellos y aprender lo que excita sus corazones. – ¿De qué estás hablando? ¿Qué películas ves? ¿Qué música te gusta? Entonces se nos darán palabras los unos para los otros.

¡Debo imaginar cómo me *ven* ! ¿Quién soy yo en su mirada? Una vez estaba paseando en bicicleta por Saigón con un grupo de jóvenes estudiantes dominicanos vietnamitas. Esto fue mucho antes de que los turistas se convirtieran en algo común. Dimos la vuelta a la esquina y había un grupo de turistas occidentales. Se veían tan grandes y gordos y de un color extraño y feo. Qué gente tan rara. ¡Entonces me di cuenta de que así era como me veía yo también!

Mientras los discípulos caminan hacia Emaús, escuchan a este extraño que los llama tontos y los contradice. ¡Él también está enojado! Pero comienzan a deleitarse en sus palabras. Sus corazones arden dentro de ellos. Durante el Sínodo, ¿podemos aprender el placer extático del desacuerdo que conduce a la comprensión? Hugo Rahner, el hermano menor de Karl (¡y mucho más fácil de entender!) escribió un libro sobre el *homo ludens*, la humanidad

juguetera. ¡Aprendamos a hablarnos jugueteramente! Como lo hacen Jesús y la mujer samaritana en el pozo en Juan 4.³

En la primera lectura de hoy escuchamos que en la plenitud de los tiempos, "la ciudad se llenará de niños y niñas jugando en sus calles". (Zacarías 8:5) El Evangelio nos invita a *todos* a convertirnos en niños : "En verdad os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". (Mateo 18.3). Nos preparamos para el Reino volviéndonos jugueteros, infantiles, pero no infantiles. A veces, en la Iglesia, nos aflige una seriedad aburrida y sin alegría. ¡No es de extrañar que la gente esté aburrida!

En la noche del nuevo milenio, mientras esperaba en Costa de Marfil para tomar un vuelo a Angola, me senté en la oscuridad con nuestros estudiantes dominicanos, compartiendo una cerveza y hablando tranquilamente sobre lo que más nos gustaba. Nos deleitábamos con el placer de ser diferentes, de tener imaginaciones diferentes. ¡El deleite en la diferencia! Temía perder el avión, ¡pero llegó tres días tarde! La diferencia es fértil, generativa. Cada uno de nosotros es el fruto de la maravillosa diferencia entre hombres y mujeres. Si huimos de la diferencia, seremos estériles y sin hijos, en nuestros hogares y en nuestra Iglesia. Una vez más, agradecemos a todos los padres en este Sínodo. Las familias pueden enseñar mucho a la Iglesia sobre cómo lidiar con las diferencias. Los padres aprenden a acercarse a los niños que toman decisiones incomprensibles y, sin embargo, saben que todavía tienen un hogar.

Si podemos descubrir el placer de imaginar por qué nuestros hermanos y hermanas tienen puntos de vista que nos parecen extraños, entonces comenzará una nueva primavera en la Iglesia. El Espíritu Santo nos dará el don si hablamos otros idiomas.

Nótese que Jesús no intenta controlar la conversación. Les pregunta de qué están hablando; va a *donde ellos van* , no a donde él quiere ir; acepta *su* hospitalidad. Una conversación real no se puede controlar. Uno se entrega a su dirección. No podemos anticipar a dónde nos llevará, a Emaús o a Jerusalén. ¿A dónde conducirá este Sínodo a la Iglesia? Si lo supiéramos de antemano, ¡no tendría sentido tenerlo! ¡Dejémonos sorprender!

Por lo tanto, la verdadera conversación es arriesgada. Si nos abrimos a los demás en una conversación libre, seremos cambiados. Cada amistad profunda trae a la existencia una dimensión de mi vida e identidad que nunca antes había existido. Me convierto en alguien que nunca antes había sido. Crecí en una maravillosa familia católica conservadora. Cuando me convertí en dominicano, me hice amigo de personas de un origen diferente, de una política completamente diferente, ¡lo que a mi familia le resultaba perturbador! ¿Quién era yo cuando volví a casa para quedarme con mi familia? ¿Cómo reconcilié a la persona que era con ellos y a la persona en la que me estaba convirtiendo con los dominicanos?

Cada año conozco a dominicanos recién incorporados con diferentes convicciones y diferentes formas de ver el mundo. Si me abro a ellos en amistad, ¿en quién me convertiré? Incluso a mi avanzada edad, mi identidad debe permanecer abierta. En la novela de Madeleine Thien sobre los inmigrantes chinos en los Estados Unidos, *No digas que no tenemos nada*, uno de los personajes dice: "Nunca trates de ser una sola cosa, un ser humano inquebrantable. Si tanta gente te ama, ¿puedes ser honestamente una cosa?". Si nos abrimos a múltiples amistades, no tendremos una identidad nítida y bien definida. Si nos abrimos los

³ *Man at Play o ¿Alguna vez practicaste? Eutrapelia?* Texto traducido al BYT Brian Battershaw y Edward Quinn, Compass Books, Londres 1965

unos a los otros en este Sínodo, todos seremos cambiados. Será un poco de muerte y resurrección.⁴

Un maestro de novicios dominico filipino tenía un cartel en la puerta de su casa: "Perdóname. Soy un trabajo en progreso". La coherencia está por delante, en el Reino. Entonces el lobo y el cordero *dentro* de cada uno de nosotros estarán en paz el uno con el otro. Si ahora tenemos identidades cerradas y fijas escritas en piedra, nunca conoceremos la aventura de nuevas amistades que desplegarán nuevas dimensiones de lo que somos. No estaremos abiertos a la espaciosa amistad del Señor.

Cuando llegan a Emaús, la huida de Jerusalén se detiene. Jesús parece querer ir más allá, pero, con gloriosa ironía, invitan al Señor del sábado a descansar con ellos. Quédate con nosotros, porque es casi de noche y el día está a punto de terminar. (Lucas 24:29). Jesús acepta su hospitalidad como los tres extranjeros en Génesis 18 aceptaron la hospitalidad de Abraham. Dios es nuestro invitado. Nosotros también debemos tener la humildad de ser huéspedes. La comunicación alemana decía que debíamos abandonar "la cómoda posición de los que dan hospitalidad para dejarnos acoger en la existencia de los que son nuestros compañeros en el camino de la humanidad".

Marie-Dominique Chenu OP, el abuelo del Concilio Vaticano II, salía casi todas las noches, incluso cuando tenía ochenta años. Salía a escuchar a los dirigentes sindicales, a los académicos, a los artistas, a las familias y a aceptar su hospitalidad. Por la noche nos reuníamos para tomar una cerveza y me preguntaba: '¿Qué aprendiste hoy?' ¿En qué mesa te sentaste? ¿Qué regalos recibiste? La Iglesia en todos los continentes tiene dones para la Iglesia universal. Por poner solo un ejemplo, mis hermanos en América Latina me enseñaron a abrir mis oídos a las palabras de los pobres, especialmente de nuestro amado hermano Gustavo Gutiérrez. ¿Las escucharemos en nuestros debates de este mes? ¿Qué aprenderemos de nuestros hermanos y hermanas de Asia y África?

»Cuando estaba a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos, lo reconocieron, y desapareció de su vista. (Lucas 24:29). Sus ojos se abrieron. La última vez que escuchamos esa frase fue cuando Adán y Eva tomaron el fruto del árbol de la vida, y sus ojos estaban abiertos y sabían que estaban desnudos. Esta es la razón por la que algunos comentaristas antiguos vieron a los discípulos como Cleofás y su esposa, una pareja casada, un nuevo Adán y Eva. Ahora comen el pan de vida.

Un último pequeño pensamiento: Cuando Jesús desaparece de su vista, dicen: '¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino?' (Lucas 24:32.) Es como si sólo *después* se dieran cuenta del gozo que tuvieron al caminar con el Señor. San Juan Henry Newman dijo que es solo cuando miramos hacia atrás en nuestras vidas que nos damos cuenta de cómo Dios siempre estuvo con nosotros. Rezo para que esta sea también nuestra experiencia.

Durante este Sínodo, seremos como estos discípulos. A veces no seremos conscientes de la gracia del Señor obrando en nosotros e incluso podemos pensar que todo es una pérdida de tiempo. Pero ruego a Dios que después, mirando hacia atrás, nos demos cuenta de que Dios estuvo con nosotros todo el tiempo, y que nuestros corazones ardían dentro de nosotros.

⁴ Granta, Londres, 2016, p.457